

## TORMENTO DE SEPARACIÓN

Creo que era como lo escribió Salomón: «yo dormía, pero mi corazón velaba». Frente a mí, se alzaban multitud de árboles frondosos e intimidantes, se erguían imponentes con superioridad todos los metros de su altura, esos seres vivos que llevaban poblando la tierra desde antes de mi concepción y que, con toda seguridad, seguirían ahí después de mi muerte; que si pudieran hablar podrían contarme la historia del mundo. Su dominio se extendía desde la punta de la montaña hasta su nivel más bajo. Estoy segura de que en otra situación me habría parecido admirable, aún hermoso; pero en ese momento solo provocó que el miedo se hiciera dueño y señor de mí.

No lo medité, mi cuerpo se pondría rígido como una piedra si lo hubiera pensado más. El comienzo del camino estaba bien delimitado, las copas de los árboles formaban un dosel que excluía la luz solar y mantenía toda esa zona forestal en penumbra eterna.

Comencé a caminar, pero la ansiedad me obligó a trotar, luego a correr, semejante al niño temeroso que finge valentía y toma el primer turno en la vacunación porque quiere que el dolor termine rápido. Desde que estaba en las faldas de la montaña sentí agitación dentro de mí, ¿en mi corazón? ¿o tal vez en mi alma?... No lo sé, nunca entendí la diferencia entre estos dos conceptos tan idealizados por los poetas, solo tengo la certeza de que fue una insuficiencia excesiva, que me impulso a poner mis pies dentro de la lúgubre foresta, algo que me llamaba y prometía paz al final.

Las hojas de los árboles ganadas por la gravedad formaban una cubierta de tonos verdes y marrones que atenuaba el ruido sordo producido por mis pasos, solo las deformes raíces de los árboles sobresalían de esta alfombra compacta y constituían una potencial oportunidad de caída. La sombra que reinaba en el bosque era apenas combatida por las pequeñas culebrillas de luz que lograban iluminar a través del delgado espacio no llenado por copas de árboles que fallaban en tocarse. Evitaba pisar las ramas secas —que emitían un chasquido seco sumamente audible en el silencioso ruido del bosque— pues los ruidos que yo

producía incitaban un escalofrió en todo mi cuerpo y me hacía mirar sobre mi hombro, desde luego no era fácil, el claroscuro distorsionaba mi vista y materializaba cosas inexistentes que me asustaban. Lo negaba, lo escondía e intentaba ahogarlo, pero mi miedo a la oscuridad, —todavía viviente después de tantos años transcurridos desde mi infancia—, afloraba y atravesaba todos mis esfuerzos como una planta rebelde que brota a través del concreto.

Vi a un búho, mimetizado entre tanta flora con sus colores tristes, sus ojos brillantes e hipnóticos me juzgaban, deseé que ese búho fuera minerva, que me dijera el motivo de mi desasosiego y lo que animaba a mi cuerpo exhausto a dar otro paso.

Llegué a la mitad de la montaña, una cortina oscura se corrió con violencia en mi cabeza y paré en seco, la luz que entró a raudales me hizo sentir idiota y avergonzada de mí misma, me pregunté por qué había tardado tanto tiempo en darme cuenta de que no había otra cosa, sino eso; capaz de privarme de la calma de esa manera. He escuchado la expresión: “el corazón me dio un vuelco”, muchas veces; pero la única ocasión en la que sentí algo parecido fue cuando comprendí que lo que aguardaba en la punta de la montaña era ella. ¡Hermana mía! ¡Amiga mía! ¡Paloma mía! ¡Perfecta mía! Mi corazón sonrió, no sé cómo describirlo de otra manera, ¡Se hinchó de esperanza e hizo mis ojos lagrimar!

Los pensamientos cien veces pensados y cien veces ensayados dirigidos a Alina, en las que parecían noches interminables de reflexión que nunca abandonaron la habitación donde fueron creados, por fin verían la luz. —Todo lo que quise decirle y me quedé sin decir—.

Cada paso que daba era una cuchillada a mis extremidades, mi boca estaba seca y el incesante aire que desesperadamente trataba de meter al cuerpo por mi boca —pues llegado a este punto la nariz era poco menos que inútil para este trabajo—, apuñalaba con cuchillos cortantes todo el trayecto hacia mis pulmones.

La vislumbré desde muy lejos, en un espacio donde los árboles no habían invadido y permitían a la luz entrar. Estaba sentada, su larga trenza de un negro

tan oscuro como el carbón, descansaba sobre el verde suelo, allí en el claro, como Blancanieves en su féretro acristalado, recibiendo los transversales rayos solares que le daban un aspecto celestial y de espaldas a mí: la visión de Alina actuó en mi como el alcohol actuó en ese sobreviviente del Titanic que declaró haber estado tan ebrio hasta el punto de que no sintió lo gélido de las aguas glaciares donde se encontraba. Mis pasos evolucionaron en zancadas, acortando el tiempo de espera —quise gritarle, pero mi boca no cooperaba, no tenía importancia; no me habría oído de tan lejos—.

Debió haber un cuerpo de agua muy cerca de allí, pues de súbito, el terreno se puso resbaloso y no podía avanzar un metro sin que el lugar donde se afianzaba mi pie se deslizara hacia abajo. Diez metros nos separaban, yo estaba cubierta de barro, y me esforzaba por respirar, temí que mi cuerpo tembloroso se desplomara de un momento a otro. Caminé hacia ella, las fuerzas para correr se habían agotado, y ella no volteaba hacia mí, —me ignoraba—.

Articulé su nombre, fue poco más que un susurro, ella no lo escuchó. Otra vez lo pronuncié en una voz rasposa y gutural, un poco más audible: Alina. Ella volteó. Me vio con sus ojos grandes y profundos, —en ellos se leía dolor—, su boca se estiraba en una sonrisa triste, —del tipo que le haría una madre a su niño para denegarle algo con tacto—. Yo no lo entendía, estábamos juntos, ¿Qué iba mal?, me acerque más; con mi brazo extendido y las yemas de mis dedos a punto de tocar su lozano rostro y...

El individuo despierta cuando los últimos residuos de la reciente noche se están desvaneciendo. Su almohada está húmeda —porque en el fondo conoce la verdad y lloraba—. Él sabe que ha estado soñando sobre ella, pero lo que pasó en el sueño lo olvida rápidamente, intenta con todas sus fuerzas conservar el recuerdo de su fantasía, pero es como intentar atrapar agua con las manos. Su pensamiento es uno que lleva rondando su mente desde hace demasiado tiempo: ¡¿Por qué no se puede rebobinar el tiempo a cuando todo estaba mejor?! En el cuarto semi oscuro se escucha una palabra que se eleva hacia al cielo, impulsado por sus sollozos: Alina.